

## LA RABIA

La culpa fué del calor. Del calor o del tipo que dijo eso. Pero a lo mejor la culpa no fué del calor ni del tipo. La culpa fué mía. O de la mujer esa que pasó. O de los setecientos pesos de la quincena. Qué se yo.

Porque la rabia uno no sabe de dónde le viene. La rabia es una cosa que se le mete a uno en la boca y uno la va apretando, apretando en las carretillas como si no quisiera dejarla escapar. Eso es la rabia. Y además un frío que se siente aquí, en la boca del estómago.

Y a mí esa noche la rabia me había agarrado y yo le sentía hasta el olor empapándose la ropa.

Hacia mucho calor, mucho calor. A las once y media, cuando salí de casa, me recibí la calle con una bocanada de aire caliente. ¡Un calor tremendo e esa noche! ¿Oyó ese ruido que hacen las gomas de los autos sobre el asfalto casi líquido? chrchr... chrchr... ¿Y esa luz rara, esa luz como de brillazón que toman las calles entonces? Bueno, todo eso, el ruido, esa luz rara, todo eso me parecía que se dirigía directamente a mí para cargarme. "Sos un infeliz, Ernesto", me parecía que me decían. "Sos un inútil, Ernesto. Linda noche elegiste para trabajar".

El chistido del asfalto me lo decía.

Y la luz de los faroles so-

bre la calle viscosa, la brillazón, era como una carcajada que se me iba poniendo adelante.

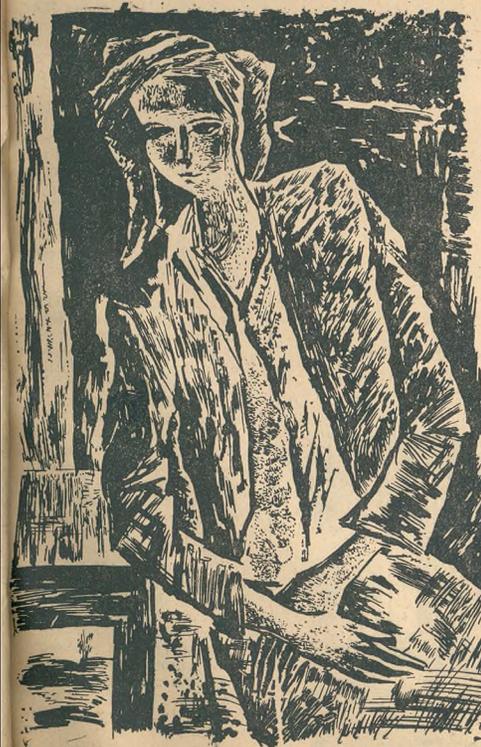
No, a veces los motivos, los hechos aislados, digamos, se justifican que uno ande así. Pero son todas las cosas, las que uno lleva arrastrando desde hace años y las que se le van apareciendo en el camino todos los días. Todas esas cosas que de pronto se juntan una noche con el calor, con la carcajada de la calle, con el tipo que dijo eso, con la mujer y se le tiran encima para enloquecerlo.

Y antes no era así. Las cosas, mirándolas desde afuera eran las mismas. Trabajaba en la fábrica igual que ahora. Ganaba mil cuatrocientos igual que ahora. Mi mujer y los cuatro pibes igual que ahora. Y sin embargo era distinto.

En el fondo de casa hay un pedacito de tierra. Allí yo tenía la quinta. Media docena de canteros, unos surcos para los tomates y nada más. Todo en ese pañuelito de cuatro por cuatro. Por la noche, al volver de la fábrica me entretenía en ese pedacito de tierra. Punteaba, sacaba los yuyos o regaba. Mateaba, mate viene y yo melido en la quinta.

Pero ahora no. Ahora no hago nada en la quinta. Casi ni me acerco por el fondo para no verlo como está. Hecho una muga.

Dibujos fuera de texto por JOSE AZCOITIA



¿Y eso es tan importante? —me podrán preguntar—. No, eso sólo no es, claro. Pero eso es una parte.

Están los encendedores. Ahora vendo encendedores automáticos. Por la noche en vez de carpir la quinta, salgo por ahí, por los cafés y vendo encendedores. Y eso es otra parte.

Yo no sirvo para vender nada. Siempre me dieron un poco de lástima esos tipos que andan de noche vendiendo lapiceras, relojes de contrabando o libros pornográficos. Yo hubiera preferido otra cosa. Una changa, un trabajo de cuatro horas para hacerlo entre las nueve y la una, por ejemplo.

Pero las cosas vinieron mal y tuve que hacerlo. Un día viene Juan y me explica el asunto de los encendedores. Hay un ruso que se los da a cuarenta pesos. —"Lo podés vender a sesenta, cincuenta, según". Yo no quería agarrar. Pero en ese momento era lo único que tenía y no podía andar eligiendo. Mi mujer me dice: —"Mirá Ernesto, mientras no consigas otra cosa yo creo que podés salir, ¿no es cierto? Tenía razón la pobre."

Usted sabe lo que es trabajar como un burro. Siempre. Y ver que la plata de la quincena se le escapa como arena fina de entre los dedos, que en menos de lo que canta un gallo ya no le queda y tener que vivir de fido hasta cobrar la otra.

Claro, eso contado así no dice nada. Pero una rabia sorda, un malestar se va desparamando por la casa. Se lo siente flotar como un humo. Se lo ve sentarse a la mesa y montarse en el aliento de todos.

Los diarios le llaman inflación. Que se vayan a la puta que los parió. Lo único que hay es eso. Una telaraña de rabia sorda que se va tejendo día a día sobre su cabeza.

Por eso acepté.

Los primeros días me daba vergüenza. No me animaba a apalabrarla a la gente. A veces llegaba a un café, miraba desde la puerta y me iba sin entrar.

Pero me ponía a pensar en la telaraña, en mi mujer, en los chicos, en las deudas y al final uno va tomando coraje.

El encendedor tiene la forma de una pistola. Uno aprieta el gatillo y t a c, salta la llanita. Yo semblanteaba las mesas, elegía un candidato y me le acercaba. Cuando llegaba frente a él ponía cara de pavo, le apuntaba con el encendedor y t a c, la llanita saltándole delante la nariz. A algunos le daba risa y se ponían a mirar. Y así, unos veinte o treinta pesos me los sacaba si la noche venía bien.

Pero un gusto amargo se me iba juntando en la boca. Me sentía un infeliz. Pensaba en el trabajo de la fábrica, en la quincena que se iba achicando cada vez más, en el madrugón del otro día,

JUAN JOSE MANAUTA

## Los Horneros

CADA vez que los dos horneros, en pareja, chillan a su turno, como si conversaran, el abuelo, si está chupando el mate, deja la bombilla y los mira; si está con la pava en la mano, la pone sobre las brasas y otra vez los mira. El abuelo está senado en un banquito enano y hace espaldas a la pared del rancho que da al río porque es de mañana. Sólo de mañana los horneros chillan así, con esa alegría. Ellos también se cansan, y debe ser de mañana cuando mejor trabajan. Además, como estamos en setiembre (que es el tiempo de las pandorgas), el nido está casi hecho y los pájaros deben de estar contentos, como yo, cuando le pongo los flecos a un barrilete y ya no me queda por hacer más que los tiros y la cola.

Estoy tratando de hacer una pandorga porque ya es el tiempo. Ando todavía por el amazón de lo que resultará (si llego a conseguir papel de seda) un lindo medio mundo, con las estrellas y los orejones para arriba y los flecos debajo. Pero, a causa del papel de seda, no tengo apuro. Afiné las cañas como nunca, deshilaché una bolsa que me dió el abuelo (no tenía cómo comprarme piola) y até con fuerza los dos cuadros.

Los horneros siguen chillando, y ahora yo también suspendo mi trabajo, no por los horneros, sino por ver si el abuelo sigue interrumpiendo su mate. A veces no miro al abuelo, sino directamente a los horneros, porque ellos están alegres, trabajan con apuro y yo, no. Del abuelo nunca se sabe si está triste o alegre. Como lo he mirado varias veces, hoy me ha parecido que tiene más arrugas y más barba que antes; me pareció más serio, casi enojado o triste:

¿Será por eso que mira a los horneros como si nunca los hubiera visto?

Ya tengo casi hecho el amazón, pero no me apuro y no me apuro. ¿Para qué Las cañas están lustrosas de tanto alisarlas con el cuchillo. No me apuro porque no tengo papel de seda y no veo cómo conseguirlo, porque el abuelo ya me dijo anoche que no tenía plata y hoy no ha podido vender un solo pescado. Tampoco apareció nadie por el río. No pienso hacer mi medio mundo con papel de astraza. Sería una vergüenza y me saldría un empacho que no remontaría ni con tormenta. Entonces, como no tengo nada que hacer, yo también me pongo a mirar cómo trabajan los horneros.

¿En qué piensa el abuelo? Yo pienso, después de mirarlos un buen rato, que los horneros tienen barro y paja de sobra para hacer el nido, y que por eso están alegres.

El abuelo me mira. Le brillan los ojos como si estuviera por llorar, pero el abuelo no llora, nunca llora. El sabe que no podré terminar la pandorga. Anoche hablamos de eso, del papel de seda, y el abuelo nunca habla.

Como el abuelo me mira, dejo el amazón, me acerco al viejo y me siento en el suelo junto a él. Los dos tal vez estemos tristes, pero seguimos mirando cómo trabajan y chillan los horneros.

Juan José Manauta

# LA NAVE

A QUI la llave, el nombre,  
sentimental sentido de los ángulos,  
desbaratada sombra, óxido lento  
royéndonos la sangre,  
aire agravado, amor, tintirín mercachiflero.

Cuando tu nombre entró, carbón quemado,  
indagada caricia de otros días,  
qué histriónico además ponía sedas,  
granadas de amanecer como pañuelos,  
hojarascas de piel, de beso y llanto.

Dijiste, la voz como un timbal de tinta y tanto,  
patéticos relojes, agremiada corola familiar,  
bodas donde se pierde el humo  
y llegan ruidos de hojalata rota  
y el ortóptero muerde la humedad del mundo.

Desbandada, fletándote los sueños  
licenciándote lunas,  
con el color de la patata en vilo,  
marrón de muerte en vida,  
entrabas para siempre.

Te dije, la voz como bobina de esperanza  
enroscada a tu cuerpo,  
una cita de pájaros para asustar al mundo.  
Recuerdo que la noche se encargaba de abrirnos.  
Se ovalaba el amor bajo las manos.

Yo creo en el milagro de las flores,  
suelo gritar cuando genera aromas  
un bajo azul crepúsculo.

Con esta llave te saqué del tiempo  
donde estabas sentada y sentenciada.  
Amor, cosa incurable que se planta,  
dice que está y me muerde.

No en vano aquí, hispanizada calle,  
micrófono con sorda misma mala,  
bodegoneamos juntos, nos sentimos.

Esta es la llave, el óxido, la sombra.  
Aquí, como flemones, los geranios  
reventaron calor, caparon dudas.

Aquí el encantamiento desanudó,  
desatavió durezas,  
tomó los cigarillos de uno al otro,  
sensualmente esperó agua en las uñas.

Nos vino corazón sangre de golpe.  
Agavillamos voces en la oreja.

# ELEGIA

A una pequeña huerta comida por una vaca

Pasó el dragón de asta y cremallera  
por tu pelo de albahaca  
—corazón de sudor,  
esponja del herbario—  
Se mudó tu semilla,  
el árbol se fugó de sus raíces;  
luz implacable alumbró tu sudario.  
El hombre te cavó los sitios de la vida,  
te lustró los ojos,  
se mojó las manos en tus labios  
de tierra erguida,  
responsable,  
tibio.

El te surcó la flor,  
el pasto;  
él se volcó semilla  
—cara de hondo pelo rojo—;  
él te fraguó porque las uñas negras  
se le llenaron de color rosado;  
él te fué navegando,  
te fué galopando,  
incrustando,  
acelgando el sol de los rocíos;  
él te cantó,  
te mudó,  
te limpió, huerta fresquisima,  
y tú moriste sola  
con la angustia de la verdura sin olor a caldo.

Me hincó para crecerte, muerta  
y rezagada en la quebrada liana de tu sueño,  
huerta.

Elba Fábregas

Los ángulos reían desdentados  
desmantelando las pasiones viejas.

Esta es la llave, vamos. Telarañas,  
desavenidas formas del ayer  
como bocetos de aire.

Vendrá un sol maravilla, otros octubres,  
puñados de palabras  
de piel a piel y pétalo.

Mario Jorge de Lellis

En la quinta, en tantas cosas,  
cada vez más claro,  
date a mudar infeliz,  
date a mudar infeliz".

Y la rabia se me iba metiendo en el alma noche por la noche, o la gente te aquí, en la boca del estómago.

Es una cosa rara eso. Es un vértigo que se le sube los ojos y le hace odiar hasta las baldosas que pisa.

Yo miraba la gente, Despreocupada, feliz, me imaginaba, Y sentía lo mismo que cuando de muchacho trabajaba en una obra de la calle y Godoy Cruz y veía entrar los taxímetros al amueblado. Un compañero me guiñaba el ojo y se reía. Yo no me podía amonotonaba en las calles, acaso una envolvía, me estragaba.

Vaya a saber por qué me acuerdo de eso ahora. Esa noche el calor casi me ahogaba. Brotaba de las redes el calor. Chorrea y se amontonaba en las calles, Ni por cien pesos lo contrataba.

Y el calor y el chistido de asfalto y el lomo viscoso de la calle se iban metiendo en la rabia uno por uno.

Cuando paré a comprar cigarrillos, el gallego del quiosco empezó a hablarme como otras veces. Y me dieron ganas bárbaras de agarrarlo por el pescuezo y gritarle "Callate la boca pajarón, que me importa todas las pavadas que me estás diciendo, gallego boludo".

Y eso que el gallego es un buen hombre y que nunca me hizo nada. Pero la rabia es así. La rabia se le mete por la sangre, por los ojos y en todas las cosas, el gallego me llega el lomo y el calor, son como tizazos que le pegan a uno en la cara.

Y después la mujer. Había caminado unas cinco cuadras cuando al llegar a la esquina la veo, esperando un taxi. Una rubia bárbara, iba para la milonga seguro. Linda de veras, ¿sabes? Unos ojos como de tormenta y un vestido de esos brillantes enguantándole las caderas. Allí plantada en la esquina parecía como una nida de otro mundo.

Yo paso y la miro. Después me paro y la sigo mirando. Sabía que no era para mí, pero ¡qué sé yo! a lo mejor por eso la seguí mirando. De rabia.

Ella pesca al vuelo la intención. Se da vuelta despacio, me mide de arriba a abajo como al desgano, me mira con esa mirada canchera y sigue esperando el taxi.

Y yo sigo caminando. Pero esa mirada que es una mirada que dice "¡Puff! Como si lo estuviera oyendo: —Mandate a mudar infeliz. Eso me quería decir. Y la rabia subiéndome como un mareo. Apretándome en la frente y en el pescuezo como un rebolo".

Y la brillazón ahí adelante. El lomo viscoso de la calle riéndose de mí, provocándome con su carcajada.

Caminaba y el ruido de cada paso era una sílaba que saltaba rebolando por la vereda: man-da-te-a-mu-dar-in-fe-liz.

Y la telaraña y los setecientos pesos de la quincena y la quinta y todo, todo se me metía en la cabeza.

Y yo me quedaba en la garganta. Cuando los brazos me sujetan y me golpean, apreto fuerte, fuerte todo como si allí, en ese pedo de vidrio oscuro que me tonta la mano, se hubiera entonado de golpe toda la noche.

Porque, sabes Egidio?, estoy pensando, tenés ahora treinta y ocho años, una mitad de andar transfigurado apenas de perfil, rozando calles, rostros, novelas policiales, una que otra moneda en el bolsillo para comprar un poco de vida de los otros; (pistolones, absurdos en tus manos, cigarrillos sin nada que decirte, acaso una escapada hacia ninguna parte); una mitad con cuerpo para usarlo en lo que más quisieras, una mitad con ojos, pantalones, entradas para el cine, la llave de la puerta, —nuestra puerta—, una mitad de sueño con almohadas, día tras día, una mitad tan tuya como nuestra. Y otra mitad, Egidio, estoy pensando, otra mitad de la que todo queda más allá de tu nombre, de tus versos guardados, del rostro que fue tuyo repetido en diez fotos y el disfraz de pierrot, la curva de tu letra, tu paso por la casa; otra mitad que vives por tu cuenta, dicen, en un lugar cualquiera sin esquinas, sin sombras a tu lado, sin nosotros aún. Y vos sabés, Egidio, estoy pensando, yo tenía diez años —porque pasó en mil nueve treinta y siete— yo jugaba, me pegaba porrazos en el patio, corría con Ariel, hacía llorar a Sele; la poesía, si estaba, quedaba a mis espaldas, sin decirse. Entonces, Egidio, para hundirla elevaste oscuro tu mitad, la primera, la quebraste en el aire, te fuiste vertical. Y yo jugaba, Egidio, yo jugaba y aún seguí jugando. Pero un día, vos también lo sabés, escribí un verso, un verso como vos a veces escribías sin hablar más que así, un verso que es el mismo que busco, traigo, nombro, me lo llevan en libros o en papeles. Y yo jugaba, Egidio, solamente jugaba... Estoy pensando, si acaso no está en mí tu mitad, con otro nombre, veinte años más acá, juramentada; si mi juego no sigue en cualquier parte; si ese verso, este verso, este que escribo ahora, alucinado, no me lo diste vos, aquella tarde, hace mucho, en mil nueve treinta y siete.

# SEGUNDO POEMA

## PARA MI

## HERMANO MUERTO

Porque, sabes Egidio?, estoy pensando, tenés ahora treinta y ocho años, una mitad de andar transfigurado apenas de perfil, rozando calles, rostros, novelas policiales, una que otra moneda en el bolsillo para comprar un poco de vida de los otros; (pistolones, absurdos en tus manos, cigarrillos sin nada que decirte, acaso una escapada hacia ninguna parte); una mitad con cuerpo para usarlo en lo que más quisieras, una mitad con ojos, pantalones, entradas para el cine, la llave de la puerta, —nuestra puerta—, una mitad de sueño con almohadas, día tras día, una mitad tan tuya como nuestra. Y otra mitad, Egidio, estoy pensando, otra mitad de la que todo queda más allá de tu nombre, de tus versos guardados, del rostro que fue tuyo repetido en diez fotos y el disfraz de pierrot, la curva de tu letra, tu paso por la casa; otra mitad que vives por tu cuenta, dicen, en un lugar cualquiera sin esquinas, sin sombras a tu lado, sin nosotros aún. Y vos sabés, Egidio, estoy pensando, yo tenía diez años —porque pasó en mil nueve treinta y siete— yo jugaba, me pegaba porrazos en el patio, corría con Ariel, hacía llorar a Sele; la poesía, si estaba, quedaba a mis espaldas, sin decirse. Entonces, Egidio, para hundirla elevaste oscuro tu mitad, la primera, la quebraste en el aire, te fuiste vertical. Y yo jugaba, Egidio, yo jugaba y aún seguí jugando. Pero un día, vos también lo sabés, escribí un verso, un verso como vos a veces escribías sin hablar más que así, un verso que es el mismo que busco, traigo, nombro, me lo llevan en libros o en papeles. Y yo jugaba, Egidio, solamente jugaba... Estoy pensando, si acaso no está en mí tu mitad, con otro nombre, veinte años más acá, juramentada; si mi juego no sigue en cualquier parte; si ese verso, este verso, este que escribo ahora, alucinado, no me lo diste vos, aquella tarde, hace mucho, en mil nueve treinta y siete.

# ESQUINA PERDIDA

O la lloro, la traigo.  
Era una esquina llena de duendes, de ángeles y de demonios.

El buzón, las ochavas, la retornaban al tiempo.  
Y los muchachos cantores, los amaneceres y el vigilante.  
No tenía diariero.  
Sólo la luna, la luna de siempre,  
la luna de los enamorados y de los borrachos.  
Taciturna, flotante, desparramada en los charcos y en la hojarasca.

Cuántas noches me le entregué desnudo de presentimientos.  
Y me apagué chistando como un pucho al mojarse.  
Replegado en sus cosas.  
(Era en las horas de la nostalgia.  
Cuando el barrio tenía todavía un cercano tiempo de balcones dichosos, casi entrañables, mágicos como las novias y los bandoneones.)

Era una esquina amiga, con toda la palabra.  
En sus paredes mismas andaba la temura retornando momentos de alegría y de fiebre.  
Se sentía su fresca sensación de las cosas que los patios guardaban.  
Las flores deshojadas al pie de los umbrales.  
La caricia de cielo que aclaraba sus tardes.  
Y hasta una pena mustia desechada a su sombra que quería coparnos, fugitiva sin pasos.

Era íntima, nuestra.  
Predilecta de los veranos con cigarras alucinadas y de los mates largos como la luz del sábado.  
Volví de nosotros si nuestras esperanzas tambaleaban en ella.  
Traía los domingos, la infancia, ese tiempo feliz del qué-me-importa.  
Oh, sus árboles graves, sus palomas de paso, sus vecinos cansados.

Miro sus navidades estallando en el aire, felices de purretes.  
Su ristra de años nuevos levantando en las copas la esperanza golpeada.  
Ese quedarse viendo las cosas de la vida que no piden permiso.  
Y regreso a su magia, a su quietud sin pose que se entornó de a poco.

Era una esquina dulce, con algo de retorno.  
Donde fuimos, amamos, nos quejamos, crecimos y un día descubrimos que ya se había muerto con todas esas cosas.

Un día con asombro, cuando de pronto vimos que era mucho lo vivo que cambiaba de turno, como siguiendo al mundo.  
Por eso le cantamos.  
Para decir que era.

El cruce de dos calles la señala en su sitio.  
Dos nombres que se abrazan.  
Y burbujas de ausencias que se van en el aire.

Estaba llena de duendes, de ángeles y de demonios, que siempre nos visitan.  
Porque ellos no han muerto.  
No han muerto todavía.



## LA CAMPANILLA

La misa de difuntos despar-ramaba su lito con ma-jestuosidad a lo largo del templo. Desde el fondo se in-sinuaban las avemarías y pa-drenuestros tratando de esqui-var a los fieles para caer, casi mudas, a mi lado sobre el altar mayor. Los pasos del hermano Miguel zigzaguea-ban entre los deudos acomoda-do las flores recibidas a última hora. Con el rabo del ojo alcancé a verlo aunque sus pasos ya me resultaban inconfundibles... Pic, pac, poc, puc....

Tres años consecutivos, oyéndolo todas las mañanas, desde mi primera misa como monaguillo cuando yo era un niño aún; ocho años. Entre él y mi hermano —dos años mayor que yo— me enseña-ron lo necesario para ayudar en pareja. Después adquirí mi "propia" experiencia ayu-dando solo en los altares me-nores (San Timoteo, San Je-rónimo), en las dos primeras misas del día para luego com-partir con mi hermano, la principal (en el altar mayor) con muchos más murmullos detrás mío. Pero a decir ver-dad lo que realmente me en-tusiasmaba en mi trabajo era tocar la campanilla... Y no lo hacía del todo mal... En los altares menores, por su-puesto y, trabajando solo. En la principal siempre ejecuta-ba mi hermano salvo en con-tadas oportunidades que lo hizo Pocholo, otro monaguillo, compinche de mi hermano que además de jugar muy bien al fútbol, sabía una cantidad de malas palabras extraordina-rias. La ventaja del altar ma-yor consistía en la mayor preponderancia del instrumen-to y la posible gravitación so-bre una cantidad de público mucho más numeroso que en las misas pequeñas...

Cuando salimos de la sacristía de trás del padre An-drés, traté de tomar la delan-tera y lo conseguí. Pero al llegar al altar no pude ocupar el flanco que corresponde al campanillero porque mi her-mano, que venía detrás, me empujó con gran habilidad obligándome a ocupar mi puesto de costumbre. Confie-so que había intentado aque-lla acción de fuerza obligado por la actitud negativa inflexi-ble adoptada por mi herma-no: "Oye, en la principal, la campanilla la toco yo...", úni-camente yo... "Pero... Yo, yo sé tocarla... te juro que..." "No..." "¡Y basta!" Yo conocía muy bien todas las aptitudes que mi herma-no poseía como monaguillo principal. Y más aún después de haber visto desfilas duran-te tres años, una cantidad de inservibles, aficionados y ol-vidadizos en el trabajo; no por nada nosotros —también Pocholo— éramos profesiona-les (50 centavos por misa or-dinaria; principal un peso; ca-samientos de dos a cuatro pesos según categoría —en la Santamarina nos liquidaron a seis pesos para cada uno además de salir retrata-

dos los tres en la revista "El Hogar"— bendiciones cua-renta centavos para mi her-mano, treinta para Pocholo y quince para mí —yo era el menor— funerales y respon-sos a domicilio uno con cin-cuenta para todo el mundo, con plena conciencia de la responsabilidad adquirida, memorización y movimientos exactos según la "mise en scène" del hermano Miguel. Pero mi ambición estaba más allá de todo profesionalismo y deseaba con todas mis fuer-zas, progresar en mi trabajo con el conocimiento aplicado, dominando todos los secretos teóricos del instrumento, sentía la absoluta necesidad de exteriorizarlos a través de la práctica. "Por favor Pocholo... decíle que me deje." "No". "Pero..." "Ya dije que no, es, es la responsabilidad, ¿no entendés?" Entonces Po-cholo apoyó a mi hermano con varias palabrotas de las ue él sabía. Me encontré completamente solo, abandona-do... Volví al ataque. Ofrecí mi parte de los nísperos que robaríamos después, al concluir la misa principal (to-das las mañanas lo hacíamos en los fondos de la finca "Los Ombúes" que daba di-rectamente a nuestra sacris-tía; con la ayuda de la caña para apagar las velas y una hojita de afeitador, que Pocholo robaba semanalmente a su padre, los nísperos caían en el capuchón de la caña y así evitábamos la verja... y los perros), pero continuaba ne-gándose. Ofrecí, a los dos, mi parte de los tres días con-secutivos. Ni me escucharon. Jugándome la nariz lancé en-tonces mi amenaza: diría al hermano Miguel quién o quienes habían bebido el vi-no santo la semana anterior. Pocholo patealeó aprovechán-do todo su repertorio de ma-las palabras contra mí. En cambio, mi hermano, cons-ciente de su inocencia en el asunto siguió cacareando so-bre la bendita responsabili-dad. "Los nísperos de toda la semana", insistí. "No". Llevé las manos a los bolsillos. "El cortapluma que encontré el otro día en la iglesia..."

"No, no, y no". Pocholo se largó a reír. Mi hermano lo imitó, pero su sonrisa, aun-que menos ruidosa, dibujaba más burla. Sentí mucha rabia porque descubrí en la alegría de ambos la confabulación de mi derrota. Y mis deseos de tocar la campanilla au-mentaron automáticamente... Había ofrecido todo lo que tenía en mis bolsillos a cam-bio de burlas...

Con el empujón, mi herma-no tenía ganada la batalla. Callada y hermosa, la cam-pañilla estaba a su lado. Yo la miraba sufriendo aunque no resignado... **Orate fratres, ut méum ac.**  
Yo no pude contestar ocu-pado en mi esguero por contener las lágrimas. La voz de mi hermano surgió sonora y conocida... **Scipiat Dómi-nus...** Siempre escuchaba

daba mi hermano porque me enseñaban el buen decir y la justeza del ritmo, pero en aquel momento sólo espera-ba el cruce y el cambio de flanco de mi hermano (ni si-quiera repasaba mentalmen-te, como siempre lo hacía, los avisos al ayudante de mi-sa): 1º Se recomienda aseo y limpieza en toda la persona y especialmente en las ma-nos; 2º eTnga parte modesto y recogido; 3º Pronuncie dis-tinta y devotamente todas las palabras; 4º etc., etc... Los murmullos de los fieles no lo-graban distraerme. Mi herma-no tomó el misal con ambas manos y vino hacia mí mansamente, con toda la devo-ción necesaria. Hicimos la

genulexión en el centro del altar. Con el codo, perfecta-mente disimulado, le apliqué un golpe en el costado. Sin pestañear, con las manos ocu-padas y con gran naturalidad mi hermano continuó la acción hasta ocupar su nue-vo sitio.

"Así se dará cuenta con quién está tratando, imbécil..." pensé mientras lo es-piaba de reojo. Su indiferen-cia desarrolló mi rabia. El padre Andrés murmuró su oración. Tampoco contesté. Tenía la campanilla junto a mí y pensaba llevármela, de cualquier forma en el próxi-mo cambio de posición. Al tomarla emití un leve soni-do. Mi hermano, rápido, clavo sus ojos en el sonido. Son-

## NIRA ETCHENIQUE

### LOS SACIADOS

Ellos están allí fumando un puro, fermentando sus lentas digestiones, rozándose las calvas en los muslos de alguna amante cara. Ellos están allí, no saben nada. Menean la cabeza, se lamentan, cotizan los trigales.

Son obesos riñones alfombrados.

Acusan un perfil feliz sin sangre, regatean la luz, se dan la mano, empujan el destino con bolsillos, racionan el esperma semanal, no se derrochan.

Van con el pan de los otros descontento, con la risa llenando portafolios, con robados veranos asaltados.

Se llaman chevrolet y billetera, abono en el Colón, estancias, haras.

Se abotonan al hombre, en la bragueta.

Ellos están allí, no saben nada. Pero uno sabe todo y se camina, se cambia los zapatos, fuma, escribe, saluda a los vecinos, se sonríe, se mira de costado en las vidrieras. Se muerde el corazón hasta la boca para afirmar un verso o un amigo, se moja la garganta, llora, grita, entroniza el amor en cualquier rostro, se toca codo a codo con la gente. Sucede que es domingo y uno sale pateando el sol azul en las veredas. O lee titulares en los diarios: un terremoto en Méjico, un general baleado por la espalda, inundación, disloque, huelga, hambre, un tren descarrilado, una epidemia.

Es cierto, están allí, no saben nada. Pero uno sabe toda esta consigna de amar la hormiga muerta, los otopios, un banco puesto al sol sobre una plaza. Uno sabe decirse que es bastante tener que andar llorando por un cielo, por un pedazo viejo de esperanza que alguno se comió tras una puerta. Uno sabe querer todo este mundo, su triste circular, su pozo grave, su perfume de niños abortados. Uno sabe morir y se le trepa la calle por la sangre hasta los ojos, quisiera repartir la primavera, volverse un barrilete, ser un perro, tener la vida entera en los talones, donar el hueso, el nombre, la alegría.

Y sin embargo están allí, fumando un puro, se afeitan diariamente, son los dueños del tiempo y la porción, no saben nada. Caminan embozados, desparraman un agrio olor a flor de velatorio.

Se abotonan al hombre, en la bragueta.

Aún cambian estrellas por monedas.

ref. Trataba de hacerle prender que ya no la ría y que yo mismo ha-toques de la elevación, tinué mirándome, prep-do, quizá su plan defo. Por mi parte sabía per-mente lo que quería y a deefnderlo. Cuando n-vanté con la campanil-la mano, descubrí que e-mano Miguel me hacía-qué señas desde la sac. Lo ignoré olímpicamente llegar al centro del alt-hermano con un precis-vimiento, me la arreba-gesto fué tan pequeño antes de darme cuen-campanilla estaba en su no derecha... "Mierda po..." Una sonrisita son-na se escondió en su. Justamente esa sonrisita que me perdió, lo que m-zo perder el empleo. M-mer golpe lo lancé di-mente a la sonrisa. El (hoy reconozco que era m-más hábil que yo en salvo jugando a las b-pues sól en un par de todas las suyas y las de-cholo pasaron a mi po-levantó la mano y mi golpeó en la campanilla fué el primer sonido a tiempo. Luego el alarido dolor que lancé, seguid-grito de triunfo que sol-hermano por haber esq-do un golpe en forma tra; la conjunción de los sonidos diferentes, form-un extraño concierto en profundo silencio de la. El padre Andrés se v—también a destiempo—ojos, pequeñitos, se agraron; parecían dos huevos neados. Recién cuando y asombro comprendí que no anda bien. Pero era masiado tarde para vol-cátras y continué golpean-mi hermano por todos flancos. El esquivaba los pes con suficiencia agac-dose, incorporándose, r-viendo las manos mien-la campanilla sonaba c-nuamente, a todo volu. Oí desde la sacristía una cajada de Pocholo y ena-da la voz del hermano-guel apurándolo a ves. El público, los fieles azora-se mantenían neutrales y silencio. Sólo del fondo lle-ban algunos rumores de- contenidas. El padre An-se agregó a la lucha que a favor de mi herma-tironeando de mi sotana, solté con fuerza y rodé, a-zado a mi hermano, hast-balaustrada... (Lástima no estaban esos chicos d-esquina que me grite siempre curita, pollerudo, ra que se dieran cuenta quién se metían). El her-Miguel, de un empujón, tió a Pocholo con la sa-media puesta, en el altar-ra que continuara la mis

Después me levantaron mándome de una oreja (no molía!) y así —mier-mi hermano ocupaba su p-to peinándose con los dos— el hermano Miguel sacó a la sacristía mu-rando no sé qué oración tre dientes. Ese mismo una hora después, vagué las calles, por las igle-buscando un puesto de e-panillero principal. Nadie sacristán, ni cura, ni he-no, ni obispo, me escuch-